

Defender la revolución, ayer y hoy

En Cuba, Jaime no se levantó...

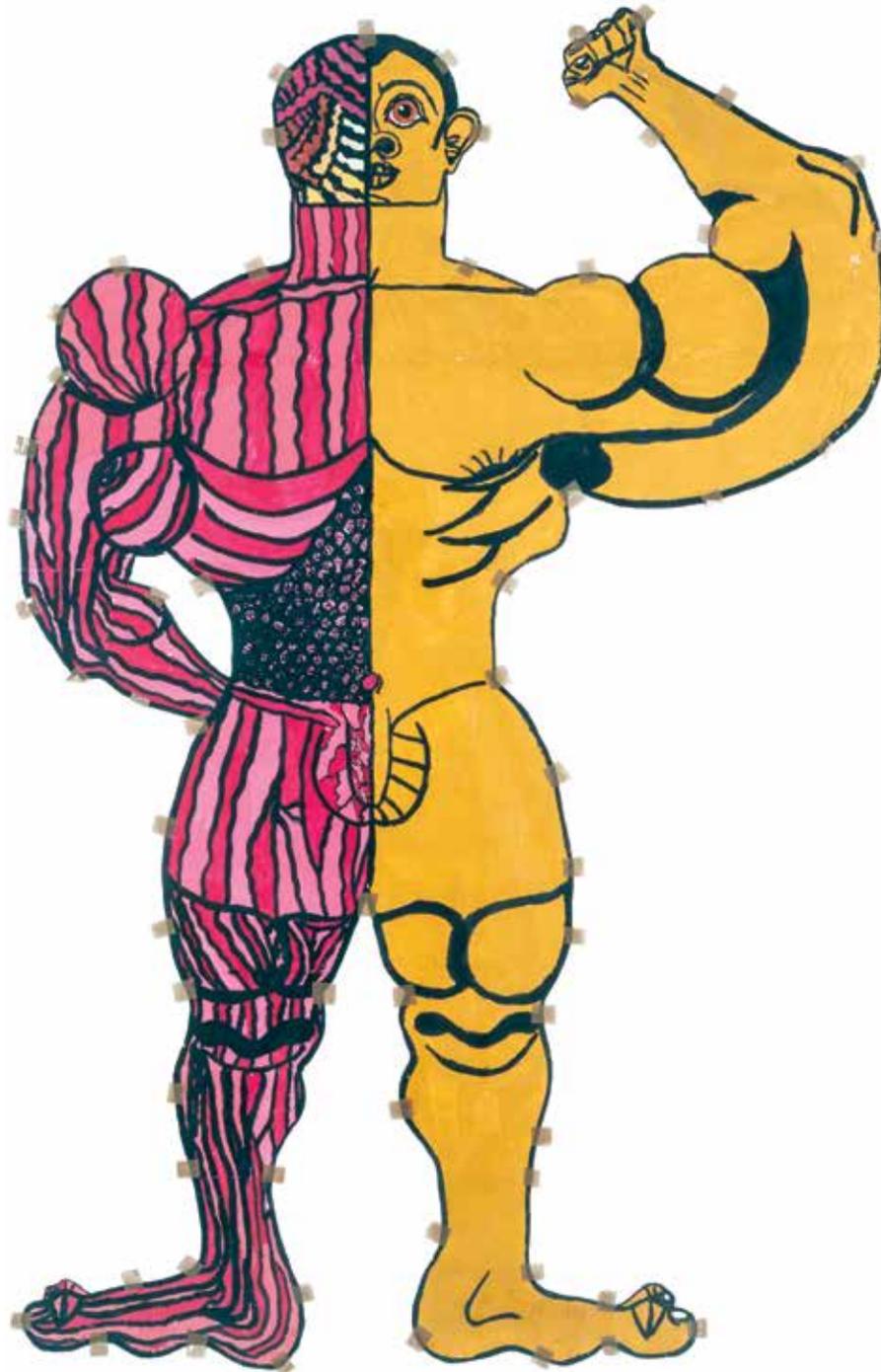
por Marion Giralidou*

Mientras La Habana sale lentamente de su aislamiento tanto diplomático como económico, la evolución del papel y el funcionamiento de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), dedicados durante mucho tiempo a una forma de vigilancia de la población, ilustra la manera en que los cubanos se adaptan al nuevo escenario.

“Frente a las campañas de agresión del imperialismo, vamos a implantar un sistema de vigilancia colectiva revolucionario; que todo el mundo sepa quién es y qué hace el que vive en la manzana; y qué relaciones tuvo con la tiranía...”. El 28 de septiembre de 1960, luego de los atentados mortales en la isla, Fidel anunciaba la creación de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), estructuras de base organizadas por edificio o, como mucho, por manzana. Con un objetivo: proteger y servir a la revolución cubana contra una potencial invasión de los contrarrevolucionarios apoyados y financiados por la Central Intelligence Agency (CIA). Menos de dos años después de su “triumfo” de 1959, Castro no lo dudaba: el pueblo constituye una fuerza militante clave para defender la revolución. ¿Acaso la población no acababa de sublevarse junto a un puñado de “barbudos” durante mucho tiempo aislados en Sierra Maestra?

En 1961, los CDR participaron activamente en la resistencia contra el intento de invasión estadounidense de Bahía de los Cochinos. Sin embargo, organizar la resistencia frente a las agresiones extranjeras condujo rápidamente a controlar la vida cotidiana de los cubanos: en el seno de los comités, todos se encargaron de aprender a conocer a su vecino, de manera de poder denunciar a las personas sospechadas de terrorismo o espionaje.

A esta tarea inicial de división en zonas de la población y vigilancia frente a los sabotajes y las agresiones se sumarían otras, con vistas a apoyar las grandes causas de la revolución: campañas de alfabetización, vacunación, ayuda a las víctimas de ciclones, elaboración de listas de candidatos para las elecciones provinciales y legislativas, etc. El CDR



Misleidys Castillo Pedroso (Exposición hasta el 2 de abril en Galerie Christian Berst Art Brut, Paris)

adquirió entonces la forma de una correa de transmisión entre el Estado y la población: comunicó las necesidades y las consignas del Estado a la población e, inversamente, permitió que circulara la información desde la población a las instancias directivas. De la manzana a la nación pasando por la “zona” (equivalente al barrio), el municipio y la provincia, aún hoy existen más de 130.000 núcleos que agrupan a aproximadamente 8 millones de ciudadanos cubanos de más de 14 años de edad, es decir, a casi la totalidad de la población. La proporción se mantuvo estable desde su creación.

Sin embargo, la afiliación no es obligatoria, tal como lo señala Eloína (1), elegida presidenta de un CDR en el barrio de Altahabana, un puesto para el que no se requiere ser miembro del Partido Comunista Cubano (PCC). Desde hace casi diez años, es anualmente reelegida por el vecindario. Al ser su trabajo valorado y no ser remunerado el cargo de presidente de CDR ni existir ningún imperativo

legal que le impida presentarse nuevamente, es muy probable que conserve su puesto muchos años más. ¿Cómo explica ella que en su edificio, el conjunto de habitantes de más de 14 años, es decir, 40 personas distribuidas en 24 departamentos, sean miembros del CDR? La pregunta la desconcierta: “El CDR está aquí para proteger a los habitantes; ¿por qué alguien no querría afiliarse?”.

La adhesión puede explicarse, sin embargo, por otros motivos. La mayoría de los cubanos de más de 30 años conocieron directa o indirectamente a una persona cuyos estudios o carrera fueron interrumpidos debido a que el compromiso con su CDR fue considerado “poco revolucionario”. En 2001, Vilma, una joven que trabajaba en turismo y cursaba estudios vinculados a ese sector, justificaba así su participación en la tradicional manifestación del 1º de mayo. Era perfectamente consciente de que nada la obligaba a asistir, pero sabía también que si no iba, eso podría perjudicar su carrera.

Los centros de trabajo suelen pedir una carta de recomendación del CDR en el cual está inscripto un futuro empleado. Dicha carta, nos explica Eloína, muestra el papel de los comités en la vida cotidiana de los cubanos: “Como presidenta, conozco a la gente de mi edificio, somos una gran familia”. En la lógica del sistema, sería pues la más indicada para emitir un juicio sobre la moral, la honestidad, la seriedad, en síntesis, las cualidades del candidato. Fue sin duda una de las razones por las cuales, cuando su CDR organizaba una jornada de “trabajo voluntario” (cortar el césped del frente de los edificios, pintar una fachada, montar guardia delante de la Bodega (2) los días de entrega de productos electrónicos, etc.), Jaime, un adolescente del barrio, se preguntaba: “¿Qué tiene eso de voluntario, si es obligatorio?”. Y sin embargo, osadía inconcebible hace quince años, en el mes de agosto de 2015, Jaime no se levantó para ir a cortar el césped.

Los CDR ya no ejercen pues ese poder de intimidación que Vilma aún nos describía en 2001. Las cartas de referencia todavía existen, Eloína las escribe regularmente, pero el compromiso revolucionario ya no tiene el mismo significado. Así, cuando Jaime quiso incorporarse al cuerpo de vigilancia del aeropuerto, Eloína y los miembros de la oficina elogiaron en su carta de recomendación su honestidad y rectitud. No mencionaron su escasa contribución al CDR. Su actitud no les pareció “contrarrevolucionaria”, como habría sido sin duda el caso hace algunos años.

El progresivo debilitamiento de la amenaza estadounidense, producto del acercamiento económico y diplomático con Estados Unidos, permitió ampliar las funciones de los CDR. Se observa una evolución a través de las decisiones que toman los dirigentes a escala local. Un presidente velará por garantizar la seguridad de su manzana; deberá entonces organizar rondas de vigilancia nocturnas. Otro, preocupado por la educación, implementará un sistema de apoyo escolar. Eloína se considera particularmente sensible a la protección de los más vulnerables: personas mayores, diabéticos, mujeres embarazadas, etc. Verifica también la vacunación y conoce el grupo sanguíneo de todos sus “cederistas”, con el fin de poder responder rápidamente a un pedido del Ministerio de Salud de donadores de sangre tras producirse un accidente, por ejemplo.

Los CDR responden también a los problemas cotidianos. La cuestión de la provisión de agua, al igual que la del transporte y la vivienda, plantea un problema generalizado en La Habana. En algunos barrios, se transforma en una contrariedad que genera frustración, a veces cólera. Pero aquí no existen manifestaciones callejeras: la protesta sigue una rutina muy aceptada. Los comités informan a los delegados de barrio las dificultades encontradas. Durante las graves crisis que afectan al conjunto de la comunidad, por ejemplo, frente a la destrucción causada por los ciclones, los delegados informan a su vez al gobierno municipal con el fin de que éste resuelva el problema; el Estado provee los materiales. Pero, en la ma-

yoría de los casos, los mismos CDR deben encargarse de encontrar soluciones. En Altahabana, el agua corriente funciona en forma discontinua. Muchos edificios adquirieron tanques que se llenan cuando llega el agua corriente. Al producirse el inevitable corte, los habitantes encienden un motor que permite extraer el agua de ese tanque y alimentar los departamentos. En general se lo pone en funcionamiento a partir de las 17 horas, con el fin de que todo el mundo pueda tener agua al regresar del trabajo.

En el CDR de Eloína, el responsable del motor se mudó en agosto de 2015. La presidenta reunió pues a los miembros del CDR. En general, las convocatorias se hacen a través del boca a boca. Se escucha por ejemplo a Eloína gritar desde su ventana a Maricel: “Compañera, el domingo hay un trabajo voluntario, vamos a limpiar los jardines del frente del edificio”. Más tarde, Maricel, quien discute en el umbral de su puerta con Ana, la vecina, se cruza con Mercedes y le transmite la información, y así sucesivamente. En menos de dos horas, las 40 personas están al corriente, lo que no garantiza sin embargo la presencia de todos. Rara vez se observa más de una decena de personas levantarse un domingo a la mañana para limpiar, desbrozar, pintar... Eloína explica que no hay que contar con “los jóvenes que salen el sábado a la noche, las personas mayores, los padres de niños pequeños”. Cuando se requiere la presencia de todos, es mejor recorrer las viviendas para convencerlos de ir: “Es necesario que la gente se sienta involucrada, explicarle por qué debe movilizarse. Ser presidenta de un CDR es un trabajo pedagógico”.

Para esta reunión sobre la delicada cuestión del agua, están presentes 17 personas, es decir, una por departamento, exceptuando a aquellos que no pueden desplazarse o que trabajan. La reunión se realiza en el jardín. Son las 18 horas; están todos, pero la reunión se demora en comenzar. Las conversaciones privadas se multiplican. El día está lindo, el sol no está fuerte y sólo falta el aperitivo para completar el cuadro de un almuerzo de barrio. Inmediatamente, Eloína pide orden en la Asamblea; la reunión puede finalmente comenzar.

La presidenta recuerda primero a todos cerrar bien las canillas, sobre todo cuando no hay agua. Todos aún recuerdan la inundación causada unos días antes por Marcelo, que había dejado la canilla abierta cuando se cortó el agua. Al volver el agua, Mercedes vio su balcón convertido en una piscina. Las bromas abundan; Marcelo las acepta con resignación. Luego Eloína entra en el meollo de la cuestión. Se trata de elegir a una persona encargada del motor de agua. Sólo Mario acepta postularse; la tarea es fastidiosa. La votación se realiza a mano alzada y se acepta su postulación por unanimidad.

Algunos CDR siguen sin embargo asumiéndose esencialmente como encargados de reaccionar a los ataques del “imperialismo”. La vigilancia de la población sigue siendo entonces uno de los aspectos más importantes de su misión. Pero, en esto también, la situación cambia.

Desde la llegada al poder de Raúl Castro, ser un “buen revolucionario” ya no implica una lucha feroz contra el imperialismo. Por el contrario: se invita a la población a tomar consciencia de los aspectos

positivos del acercamiento a Estados Unidos (fin del embargo, aumento del turismo, etc.). Se trata de desdemonizar al viejo enemigo con el fin de hacer que se acepte la nueva política. Pero este acercamiento suscita la desconfianza de una parte de la población, tal como lo refleja la actitud de algunos presidentes de CDR.

Desde hace ya tres años, Vladimir, artista franco-cubano residente en Francia, organiza un festival de arte urbano en las calles de Altahabana. Hasta 2014, se conformaba con obtener la autorización de los presidentes de CDR con el fin de realizar murales, organizar talleres con los niños, conciertos, espectáculos, etc. Cada edición resultaba un gran éxito, movilizándose, además de los artistas del barrio, a los niños y la población en su conjunto.

En el mes de agosto de 2015, Vladimir y Rancel, otra artista, ya habían pintado varios murales en diversos edificios, cuando decidieron pintar un perro furioso, acompañado de estas palabras: “¿Qué vas a hacer?”. En pocos minutos, los niños del barrio se concentraron. Cada uno hacía un comentario. Pronto, al comprender que la obra sería imponente y que su realización llevaría cierto tiempo, el público se instaló. Las cervezas y las botellas de Tukola (la gaseosa “made in Cuba”) comenzaron a circular. Pero el perro era apenas un boceto y las letras estaban apenas delineadas, cuando el presidente del CDR llamó a la policía y pidió a los artistas que se fueran. Para él, el dibujo era contrarrevolucionario: atacaba el proceso de normalización de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba. El público en su conjunto que asistía a esta discusión surrealista tomó partido por los artistas e intentó convencer

al presidente de que su análisis era erróneo. Al llegar, la propia policía se preguntó para qué la habían llamado. En el calor de la tarde cubana, los ánimos comenzaron a caldearse y el tono subía. Vladimir y Rancel decidieron abandonar su pintura y consultar con la autoridad superior: la delegada de barrio (3). En medio de las bromas del público, el presidente se apresuró a pintar nuevamente el muro con un eslogan revolucionario muy conocido por los cubanos: “Siempre es 26 [de Julio]” (4).

Los múltiples caminos tomados por los dirigentes de CDE demuestran que estos comités ya no pueden pensarse como entidades políticas rígidas. Por el contrario: sus decisiones y su modo de funcionamiento dependen mucho más que ayer de las personas que los conforman, y en particular de sus presidentes. Tras haber simbolizado durante tantos años el aspecto más represivo del régimen cubano, ¿podrían los CDR convertirse en el primer laboratorio de una forma de expresión popular? ■

1. Los nombres fueron modificados.

2. Nombre dado a los negocios en los que se distribuyen los productos vendidos con las libretas de racionamiento.

3. Elegido cada dos años y medio, el delegado de barrio es el vínculo entre la población local y el gobierno municipal para los problemas que afectan a toda la comunidad, y no sólo a un CDR.

4. El 26 de Julio es una de las fiestas más importantes en Cuba. Conmemora el ataque al cuartel general de La Moncada en Santiago de Cuba por las fuerzas revolucionarias de Fidel Castro en 1953.

*Doctora en historia.

Traducción: Gustavo Recalde